



J. Julián Hernández Borreguero

Mairena del Alcor, 20 de febrero de 2026



PRESENTACIÓN AL
PREGÓN DEL NAZARENO

CUARESMA DE 2026

MARÍA CARMEN RODRÍGUEZ GARCÍA

Queridos hermanos y devotos en Nuestro Padre Jesús Nazareno, buenas noches.

Dicen que una verdadera amistad, si es auténtica, tiene que superar tres dificultades como son el tiempo, la distancia y el silencio.

A veces esas personas que consideramos amigos no los vemos en mucho tiempo, quizás semanas o meses, o incluso años; o viven lejos o no contestan a mensajes con la inmediatez que hoy día se requiere.

Pero aunque pase eso el vínculo de la amistad y el cariño sigue ahí cuando te reencuentras con ellos.

Este tipo de amigo es para mí mi primo José Julián o Julián como siempre te he llamado. El lazo que nos une no es solo familiar sino que se trata de una relación de afecto duradero en el que hay confianza, apoyo mutuo y cariño. A finales de junio del año pasado al felicitar a Julián por su reciente nombramiento como Pregonero del Nazareno sé que le emocionó escucharme. Lo que no sospeché fue que me eligiera como su presentadora para tan noble honor.

Todo ocurrió así:

A los pocos días de su nombramiento, me escribió un mensaje muy claro y contundente: "Prima, cuando puedas quiero hablar contigo."

Lo normal es que cuando mi primo me escribe sea porque quiera decirme algo importante.

Al leer el mensaje inmediatamente me embargó la emoción, supe lo que iba a decirme. Me elegía como su presentadora.

Ya, luego, hablando, sus palabras fueron: "Prima, tenemos muchas vivencias juntos de los momentos más bonitos de

nuestra vida en la hermandad , así lo ves yo". A lo que contesté: "Sí, primo, para mí es lo mismo". Julián continuó: "Además he pensado en nuestros padres, se lo debemos como pequeño homenaje. Tu padre ha sido para mí alguien en quien fijarme, un guía, en mi trayectoria en la hermandad."

No hacían falta todas estas palabras para que yo entendiera que Julián lo tenía claro, para él yo era la persona ideal para presentarlo en su pregón de esta noche. Así que con mucha emoción me dispongo a ello:

Pienso que estamos hechos de trocitos de las personas con las que hemos tenido contacto. Somos lo que nos donaron nuestros padres, familiares, maestros, profesores, amigos e incluso hijos. Lo mismo ocurre, según mi modo de verlo, con ser hermano de Jesús. Como cofrades somos lo que nos dejaron los jesuístas que han pasado o están pasando por nuestras vidas, somos lo que nos legaron nuestros abuelos, padres, amigos... en la hermandad.

Por lo tanto, para hablar de Julián como hermano de Jesús, tengo que remitirme a su familia, los que le han transmitido la impronta de lo que es ser jesuista.

Julián es nieto e hijo de ilustres hermanos de nuestra querida Hermandad de Jesús.

Para los más jóvenes que nos acompañan o para refrescar la memoria de los mayores tengo que pararme en primer lugar en su abuelo Julián.

Julián Hernández Jiménez fue nuestro recordado Hermano Mayor Perpetuo ya que fue Hermano Mayor de la hermandad, puede decirse, desde el año 1940 hasta su ancianidad. Se dedicó a engrandecer la hermandad con

hechos como la traída a Mairena desde Carmona de la imagen de Jesús Nazareno, más tarde la de Nuestra Señora de la Amargura o la adquisición de los pasos o incluso la de la Casa Hermandad, entre otras muchas aportaciones. Todo esto ha quedado reflejado en el libro Julián de Galo que mi primo ha escrito y presentó en la Casa Hermandad hace un año. Una sorprendente biografía de su abuelo que agradecemos todos los que nos sentimos maireneros y jesuístas.

Me gustaría añadir que al escribir este libro, mi primo siguió los pasos de mi padre, al que considera historiador de la hermandad, quien también contribuyó a la misma con su libro Apuntes de la Historia de la Hermandad de Jesús Nazareno. Es un libro póstumo que no pudo ver terminado y que tenemos gracias a la ayuda **que** José Antonio Gómez y, especialmente Pepe Sánchez nos prestaron para terminarlo y editarlo. Hay un ejemplar en la hermandad para todo aquel que quiera o le interese conocer.

He hablado de tu abuelo Julián, quiero ahora, hacer mención al papel que tienen en la hermandad mujeres como tu abuela Dolores, la querida tita Dolorcita, hermana de mi abuelo Manuel.

Muchos que la conocimos sabemos que no fue una mujer en la sombra, detrás de su marido. Además de apoyarlo, sabemos de su desinteresada colaboración con la hermandad con todo tipo de labores. Dedicó gran parte de su vida a la crianza de sus cuatro hijos y al apoyo a sus nietos que formaron una enorme prole de jesuístas. Lo más loable de ella o al menos, lo que me gustaría resaltar, es la importancia que Dolores le daba a la oración ya que dedicaba gran parte de su día, sobre todo ya mayor, a rezar. Ahí encontró la fortaleza interior ya que tuvo que pasar, como dijo Antonio el Añiclo en su pregón, "al igual que la

Amargura", por adversidades tales como el fallecimiento de tres de sus hijos. Ojalá la oración estuviera presente en nuestras vidas como estuvo en la suya, porque como dijo Juan Pablo II "La oración da fuerza para los grandes ideales, para mantener la fe, la caridad, la pureza, la generosidad".

Ay, Primo, hablando del Papa, viene a mi memoria la peregrinación que hicimos a las Jornadas Mundiales de la Juventud en París en el año 1997. ¡Qué recuerdos de anécdotas, risas y vivencias con la diócesis de Toledo! ¿Te acuerdas?

y como "de casta le viene al galgo", tu padre, Domingo, el hijo mayor de Julián y Dolores, ha hecho ennoblecer nuestra hermandad especialmente con su mandato como Hermano Mayor. Toda una vida, a sus 90 y pico años, de dedicación, trabajo y apoyo a todas las diferentes etapas y juntas de gobierno que han pasado.

Y Loli, tu madre, que desde siempre y aún hoy, apoya, organiza, promociona cualquier acción que sea en beneficio de nuestra hermandad, con verdadero tesón y empeño, desde el Grupo de Mujeres que hoy aquí quiero poner en valor ya que son auténticos pilares en la construcción de la hermandad.

Mi padre, al igual que los hijos de Julián, y todos sus primos, se crió alrededor de las tareas que éste les encomendaba en la hermandad. Siempre pendiente de lo que hiciera falta, fue nazareno, por supuesto, también armas, costalero, representó a la hermandad en diferentes actos, llevaba el estandarte de la hermandad en los entierros de los hermanos, en fin, cualquier cosa que su tío Julián le pidiera. Para toda la familia, la hermandad, era su vida, su día a día.

En este ambiente fue en el que nacimos Julián y yo. Siempre unidos desde la cuna y sin embargo, tan diferentes. Ahora voy a explicar porqué. Allá por el año 1971 nuestras madres esperan un bebé.

Mis padres, recién casados, se mudan a un pueblo de la provincia de Jaén, donde él había sido destinado. Mi madre, aunque lejos de su familia, casi no notaba la barriguita, en cambio, Loli tuvo un embarazo un poco más agitado ya que necesitó guardar reposo.

Julián y yo nacimos en febrero de 1972 con una semana de diferencia. En estos casos las comparaciones son casi inevitables. Julián era un niño grande, rubio, gordito, ... daba gloria verlo, según mi madre me contó. En cambio, yo, nací morenita de pelo, finita, pequeñita, ... todo lo que me ponían me quedaba grande... Nuestras madres, al igual que hoy en día, que siguen estando muy unidas, nos empezaron a llevar a dar paseos, iban juntas a pesarnos a la farmacia. Julián crecía y ponía muchísimo peso. En cambio yo, comía poco, no ponía peso o lo perdía... mi madre se desesperaba como primeriza que era. Decidió no ir más a pesarme con Loli y Julián que cada vez estaba más grande, fuerte, gordito y rubio.

Desde ahí, y ya para siempre la diferencia se notaba, como hoy en día, ¡es que eres muy grande, primo!

Desde pequeños nuestras familias nos incluyeron en la vida cofrade. A Julián lo apuntaron a la hermandad como era lo normal en la familia para un niño. A mí, pedido por mi padre, me apuntó el tío Julián en la libretita que llevaba en su cartera para ser Mujer Verónica.

En aquella época, muchas familias no veían necesario apuntar a las niñas a las hermandades, no lo estoy echando en cara, era algo natural, pensamiento típico de la época. Mi padre, como muchos otros no nos apuntó a la hermandad ni a mis hermanas ni a mí, aunque sí a mi hermano, eso sí, en la libretita del tío Julián nos apuntaron para ser Verónicas en el momento de nuestros nacimientos. Mis hermanas y yo tenemos el enorme privilegio de ser Mujeres Verónicas de los años 90, 93 y 97, como mi padre quiso desde que nacimos.

Me crié en Morón de la Frontera, como muchos de vosotros sabéis, por motivo del trabajo de mi padre. Que no viviáramos en Mairena apenas se notaba. En casa se escuchaba a Antonio Mairena, Calixto Sánchez... marchas procesionales sonaban mientras hacíamos los deberes.

En aquel piso estábamos rodeados de los libros de la hermandad, papeles, cartas, sellos, ya que mi padre asumió la Secretaría de la hermandad y empezó a investigar en los libros antiguos de cuentas que existen. De allí surgió la idea de editar un boletín cofrade que decidió llamar El Muñidor, que se sigue publicando cada cuaresma.

Él no quiso nunca que nos desvinculásemos de nuestro pueblo así que casi todos los fines de semana, vacaciones, día del Cristo de la Cárcel, feria... veníamos a Mairena y en cuanto acabé el colegio en octavo me propuso que me mudara a Mairena a estudiar al instituto y a vivir con nuestro abuelo y nuestras tías...de esa forma se aseguró que no perdiésemos el vínculo con nuestras raíces.

Mi primo Julián pasaba mucho tiempo en casa con nosotros, venía como él decía " de visita" e incluso le pedía a mi madre llevarse a mi hermano Domingo a su casa porque él quería tener un hermano...creo

Mi madre, algo muy normal también en aquella época, en su afán de protegernos, nos dejaba salir si íbamos con Julián. Decía: "¿Qué quieres salir?, ¿Con quién vas? ¿Con Julián? ... bueno, vale"

Digamos, primo, que gracias a ti, pudimos mis hermanas y yo abrirnos a la vida de adolescentes en Mairena.

A principios de los 90 mi primo nos dijo que en la hermandad se había creado "La Junta Joven" y que él se había apuntado. Según él, un grupo de jóvenes de la hermandad iban a limpiar la plata de los pasos, se ayudaba en lo que se pedía y que se estaban organizando actividades, como la misa de San Juan, en resumen que había muy buen ambiente.

En ese momento fue cuando nos apuntamos no solo a la hermandad sino también a la Junta Joven mis hermanas y yo, junto con mi Mari Carmen Añi y su Primi, las hermanas Ortega, María del Mar... entre otras. Un grupo numeroso que con ganas, nos involucramos en las diferentes actividades que se organizaban en la hermandad. Son memorables las excursiones que se empezaron a preparar en verano a los campings de las playas de Fuengirola, Marbella, el Puerto y cómo nos lo pasábamos muy bien también se organizaban en invierno. Un año fuimos a Granada. Viaje tan inolvidable para mí, para Julián y para muchos de los que veo por aquí.

Estas excursiones se prepararon siempre con el objetivo de que los jóvenes de la hermandad pasáramos ratos y vivencias juntos, de esta forma conocimos nuestra geografía y en definitiva, nos divertimos e hicimos hermandad.

Así nos juntamos, los hermanos Meri, los Ortega, los Cano, los Rubichi, María Abel y sus primas, Salvador, Jesús M^a,

Juanma, Guachimi, y tantos otros que formaron parte de nuestros recuerdos de adolescencia y juventud.

Mi primo Julián llegó a ser durante un buen tiempo el "presidente" de la Junta Joven hasta el punto que muchos lo conocían como el "Presi".

Los miembros participamos como representantes de la hermandad con orgullo, no solo los Viernes Santo, sino también en días clave de nuestra comunidad parroquial como en el Corpus, el Sábado Santo, llevando las varas de la Junta Joven y ese estandarte de la Junta Joven que te tocó llevar tantas veces, Julián, ya que por tu altura podías mejor que otro.

Recuerdo con especial cariño, primo, el día que fuimos con la representación en el aniversario de los 25 años de la llegada de la imagen de nuestra querida Virgen de la Amargura a Mairena. Nosotras con las mantillas, prestadas de abuelas, tías, madres o amigas, y vosotros estrenando trajes de chaqueta y como no tú, con el espectacular estandarte que resultaba demasiado grande para alguien que no fuese de tu altura. De verdad, momentos memorables.

Esos años y nuestra implicación en las actividades de la Hermandad forjaron nuestro carácter jesuista que mantenemos y mantendremos.

Y seguimos sumando momentos como los vividos en el chiringuito que montábamos enfrente de la antigua biblioteca para los días del Cante, cuando el Festival se hacía en el patio de la Academia, o preparando las carrozas para ir a la romería y como no, los ratos de los Viernes de Feria trabajando en la Caseta de Jesús dónde ayudábamos en lo que podíamos y nos reíamos a carcajadas.

Inolvidable fue también la boda de Julián y Ana, su mujer a la que conoció en el Puerto y que nos hizo peregrinar a tantos jesuistas y maireneros a Madrid en septiembre de 2003.

Los que allí nos reunimos tenemos en nuestra memoria las anécdotas de ese acontecimiento.

Julián y Ana han conseguido crear una preciosa familia con la llegada de Tello y Galo.

Y ¿qué me dices, primo, de tu contribución al himno de la Hermandad? Aunque no los hayas compuesto tú, me gustaría comentar que el "Sube el Nazareno" llegó a manos de Loli, tu madre, de los miembros de la hermandad jesuista de Carmona. Con los conocimientos de Julián en solfeo y acompañando con su órgano al recién creado Coro de la Hermandad, sonó en los cultos del 88 para desde entonces, ser el auténtico himno de todos los devotos cofrades jesuistas.

Los que conocemos a Julián sabemos de su amplio currículum académico.

Julián es Profesor en la Universidad de Sevilla en la facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, especializado en historia de la Contabilidad.

Presentó su tesis del Cabildo de la Catedral y entre otras obras, ha escrito su primera novela El Contador Mayor de la Catedral. Estos conocimientos académicos los pudo aprovechar la hermandad ya que Julián fue Mayordomo y Mayordomo II en diferentes mandatos.

De eso trata el formar hermandad, de ir acumulando vivencias, ratos, participación, ... unidos a otros hermanos que al igual que las teselas de los mosaicos romanos que de una en una no aportan pero que unidas entre sí, forman esas escenas que nos maravillan.

Eso es la hermandad para mí, un mosaico en el que hermanos en el pasado, presente y futuro aportamos como teselas y formamos parte personalísima y singular en unión fraternal.

No hay más orgullo para mí y creo que para todos los que formamos esta hermandad que cuando te vean por la calle digan: "Mira, esa de ahí es de la Hermandad de Jesús, esa es: JESUÍSTA."

Como tú, primo, y como yo, y todos los que pertenecemos a la devoción de Nuestro padre Jesús Nazareno, La Virgen de la Amargura, San Juan Evangelista y Santa Ángela de la Cruz.

Solo me queda presentarte oficialmente y darte paso deseando escucharte y que los que estamos aquí seamos testigos de tu aportación **con** tu pregón al Nazareno, a la historia de nuestra hermandad, para hacerla, si cabe, aún más grande. Así sea.

M^{ra} Carmen Rodríguez García
Cultos de Cuaresma

20 de febrero de 2026



J. Julián Hernández Borreguero

Mairena del Alcor, 20 de febrero de 2026

Enciendan los cirios,
prendan las candelarias,
porque hoy hay salida extraordinaria.

Junta de Gobierno de la Tradicional y Devota Cofradía de Nazarenos y Muy Antigua Hermandad de Ntro. Padre Jesús Nazareno, Nuestra Señora de la Amargura, San Juan Evangelista y Santa Ángela de la Cruz, agradecido y honrado. Nazarenos, penitentes, costaleros, capataces, contraguías, armaos, acólitos, pertigueros, manigueteros, diputados de tramo, camareras de la Virgen, vestidos, mujeres verónica, hermanos, hermanas, cofrades, familiares, amigos.

Enciendan los cirios,
Prendan las candelarias,
Porque hoy hay salida extraordinaria.

Permítanme que en un acto de vanidad hoy me proclame portavoz de tantos y tantos miembros de mi casta, la amplia familia de apellido Hernández, de “los Galos”, que nunca fueron pregoneros... aunque, valga la redundancia, pregonaron con el ejemplo, su compromiso con nuestra Hermandad. Por eso hoy siento que hablo en nombre del gran Julián de Galo, nuestro Hermano Mayor 47 años. 47.000 recibos cobrados, 47.000 nuevos hermanos apuntados, 47.000 páginas en sus libretas de cuentas de la Hermandad, 47.000 kilómetros recorridos desde su casa en la calle Ancha a la Ermita.

También me siento vocero de su querida esposa Dolores, Dolorcita, participe codo con codo en tantas labores de la Hermandad, verbigracia camarera de la Virgen y que guardaba con mimo los enseres de la cofradía en su casa. Julián y Dolores les enseñaron a los suyos que la familia es una parte de la Hermandad y que la Hermandad se convierte en una parte de tu propia familia.



De mis tíos: Julián y Victoria, y de mi tía Pepita, valiente mujer Verónica. También noto la fuerza de mi tío Hilario, implicado y arremangado durante décadas, como sus hijos, Emilia, José Luis y Luisa. Y tampoco quiero olvidar a María de Galo, hermana de Julián, casada con el Salamanquino, quien también se hizo jesuista, y nunca les costó ayudar a la Hermandad en un sinfín de proyectos.

Tengo muy presentes a mis queridos primos hermanos, que han lucido las capas moradas durante años y muy especialmente a mis primas que representaron orgullosas a la mujer Verónica: Remedios, Dolores, María Victoria, Andreina y Claudia.

También quiero recordar a dos tíos míos, no carnales, pero muy cercanos, que marcaron mis primeros recuerdos cuando comenzaba a entender realmente qué era la Hermandad, Domingo Rodríguez Díaz y Antonio Jiménez, el Añicla. Recuerdo de los dos cómo me fascinaban con sus maneras tan peculiares de intervenir en los Cabildos. Domingo convertía las actas de Secretaría e informes anuales en pura prosa poética que hacían las delicias del respetable, apelando, según sus propias palabras, a la idiosincrasia y a la sana camaradería que envolvían la vida de la Hermandad. Mientras que Antonio, con su torrente de voz, al recitar los ingresos y gastos anuales parecía que lanzaba una reprimenda a los presentes por no haber conseguido más dinero para las arcas mientras amenazaba con lanzar 10 rifas más para recaudarlo.

Por eso, Mari Carmen, prima, por lo que representa tu padre para mí, por ese vínculo tan bonito que tengo contigo y tus hermanos, un híbrido entre familia y amistad y porque fuiste parte de esa treintena de jóvenes con los que viví mis años más felices de jesuismo, quería que me acompañaras y me precedieras en la palabra en este día de hoy. Muchas gracias de corazón.

Y el último lugar, el más solemne, ya que mi madre tuvo la dicha de pregonar a nuestra madre de la Amargura, es para mi padre, quien vive este sentimiento y compromiso con la Hermandad desde la cuna, que no se ha perdido ni un día de triduo a sus 91 años. Representa, como nadie, la templanza, medida y prudencia, tan necesarias en las hermandades. Atesora un sinfín de vivencias, recuerdos, que le he pedido prestado para este relato.

Así que... ¡va por ellos!





Enciendan los cirios,
prendan las candelarias,
porque comienza la salida extraordinaria.

Hace ya un buen rato que cayó la noche. Con la oscuridad se detienen los relojes, se para el tiempo. Y a la vez que se van las prisas vienen los recuerdos, los anhelos, los desvelos, los buenos momentos vividos, la nostalgia. De noche la añoranza por los muertos invade los pensamientos trayendo su memoria y el deseo de volverlos a ver. Pero la penumbra también alberga al misterio. Y en el misterio, en duermevela, a escondidas, brotan los sueños imposibles, se oyen extraños ruidos, las sombras parecen cobrar vida y los espíritus se asoman envolviendo el ambiente.

Por ello, preparen sus papeletas de sitio, pues ya comienza la procesión. Para esta noche tan especial no solo se repartieron en la Casa Hermandad. A las puertas del cielo San Pedro lleva unos días haciendo turnos y son muchas las papeletas que se han entregado en la Gloria. En el recibo impreso aparece una extensa nota: durante la procesión se garantiza salud a los enfermos; se promete que los más mayores podrán soltar sus bastones y andadores pues recobrarán fuerzas; se anuncia que los costaleros jubilados volverán a usar el costal; se informa que los hermanos que subieron al reino de los cielos procesionarán con los mismos derechos, aunque ya no pagan cuota anual.

En esta noche de invierno, de frío y escarcha, una oportuna neblina empieza a cubrir la Plazoleta y los alrededores creando un ambiente casi místico, de oscuridad y misterio, que favorece el encuentro que se va a producir entre los vivos y los que siguen vivos en la memoria. La luna, cuarto creciente, reflejada en la niebla, acaso parece redonda y llena como si fuera semana de Pasión.

Parece que detrás de esa bruma amenazan con entrar de madrugada nubarrones negros traicioneros que mojen la procesión. Los gerifaltes y mandamases andan reunidos en cabildo en la sacristía. Intramuros la Ermita se ha vestido de noche. Las lámparas y focos están apagados sembrando la oscuridad. Solo las luminarias de los pasos, de los faroles y de la candelería, alumbran el templo, llenando los rincones de penumbras y sombras.

Los que están en la sacristía tienen dudas, razonables, de si salir o no, pero al final se impone el ideario de la Hermandad: la valentía, el arrojo, el “salgamos y Dios proveerá”. Y una frase que se pronunció en estos casos durante décadas resuena en la sacristía:

-Vamos p'alante.

Mientras empieza a organizarse la Cofradía, en el órgano del Coro de la Hermandad de Jesús, que se ha refundado para la ocasión, empiezan a sonar las Coplas a Jesús Nazareno, y Emilia, Remedios, Loli, María Dolores, María José Anaya, Laureano, Carlos Chicorrappa, Francisco Capitas, Francisco el Chanca, el Chipi, hasta Lolita de Dionisio, entre otros, arrancan a cantar en Do menor cuando el maestro, José Manuel Ortega, alza sus brazos:

Sufriendo Jesús mío,

A fuerza de dolor,

Diste la Gloria Eterna

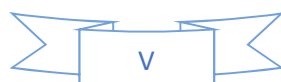
Al pobre pecador.

Y en un instante Hilario entona el solo:

Con esa cruz tan pesada

Mi Jesús caminar no puede

La canción melodiosa, melodía cantada, queda eclipsada por el golpeo del cerrojo y el crujido de la puerta de la Ermita, para abrirse de par en par.



Ahora el coro interpreta *Christus factus est pro nobis*, reminiscencia en latín, para decir:

Cristo se hizo obediente por nosotros, hasta la muerte, muerte en la cruz.

Junto a la puerta “Rutini” y Manolo “Valentín” dan paso a la Cruz de Guía, a la que se abraza Antonio “el Rorri”, incardinando las filas de nazarenos, que empiezan a teñir todo de un tono violáceo. La niebla que ya inundaba la Plazoleta intenta colarse en el templo, como rodeando a los penitentes de capas antiguas, ajadas, reliquias de nazarenos viejos que, sin embargo, al mismo tiempo tienen un brillo plateado, plata brillante, que desprenden sus ánimas. Se pueden contar por decenas, centenas, los espíritus corpóreos, almas blancas, que se han unido. Las filas de nazarenos son más largas que nunca.

Delante de la Cruz de Guía abre el cortejo la legendaria banda del Ruto, con su afamado corneta El Vitori al frente, tocando la marcha Cristo del Amor en Re menor.

Detrás, no menos de 20 armaos a caballo, comandados por el Algarrobo, perfectamente pertrechados recuerdan que Roma es la que ordena y manda en esta Jerusalén de los Alcores.

Las filas de nazarenos parecen infinitas. En ellas, cientos de niños acompañan felices, pero sin entender lo especial de esta procesión. El resto, jóvenes, padres, mayores, no pueden parar de llorar al ver y sentir que los que se fueron han vuelto y están esta noche entre ellos.

El paso de Jesús Nazareno, bajo un campo de morados lirios silvestres, empieza a vislumbrarse, reflejando la luz de los faroles en el dintel de la puerta. Aunque eran muchos los costaleros que querían participar en estas primeras *chicotás* se han presentado unos señores desconocidos para todos, vestidos con pantalones grises y camisas blancas. Uno de ellos, el que hace de manijero, dice que todos los años les daban 20 pesetas por barba por portar el paso, pero que hoy no vienen por dinero, sino en señal de respeto y fe hacia el Nazareno. Así que se les ha asignado el primer relevo.

En el frío silencio, silenciosa frialdad, de la noche se intuye el tenue roce del calzado de los costaleros al arrastrar los pies. Ese racheo, armónico, anticipa que el paso de Jesús empieza a asomar a la Plazoleta, mientras el capitán de los armaos a pie, con voz insegura y temblorosa grita:

-¡Prendedle!

Y tras el romano, que porta un pesado sable regalado por un coronel que lo sostuvo con honor en la Guerra de Cuba, una centuria completa escolta el paso. No solo hay soldados romanos que no llegan a la veintena de años, como es costumbre, sino que se ven legionarios veteranos, orgullosos, que reviven sus años mozos con sus lanzas erguidas.

Justo detrás de este imponente ejército sorprende la presencia de otra centena, esta vez de mujeres hebreas, con el pelo cubierto, con otros tantos lienzos enrollados esperando el milagro que está por venir. Muchas son orgullosas hermanas de la Hermandad, pero entre en las más antiguas, que se mantienen en los recuerdos retratadas en blanco y negro, algunas son muchachas que, aunque con mucho respeto, aceptaron representar este crucial momento de la tradición apócrifa por 20 duros. Delante de ellas, escoltándolas, figuran el viejo Hilario y Manuel Rubichi. Al lado de ellas, José de Adrián (José el de las Verónicas) acompaña, gozoso, a las mujeres hebreas.

También detrás del paso acompañan la procesión de disciplina misteriosos señores, con trajes de chaqueta negros, de tres piezas, con chalequillo cruzado. Muchos de ellos lucen enormes mostachos y sombrero. Algunos son reconocidos por sus familiares por las fotos, desgastadas, que conservan como oro en paño en sus casas. Entre otros muchos están José Jiménez Seda, Apolonio Carrión, Julián de Galo, Antonio Antúnez (Currindín), José Galocha (el Cano Gordo) y su hermano Antonio, Manolito Rodríguez, Antonio Mellado, los hermanos Trigueros y otros tantos.

Otros hermanos son más reconocibles, Manolo Gandul, Antonio el Añicla, Domingo de la Ronquita, quienes también acompañan trajeados con una vela en la mano. Sus rostros no esconden el gozo y el orgullo, aunque con serenidad.

La banda de cornetas interpreta *Requiem en Re Mayor* mientras el paso de Jesús gira despacio para salir de la Plazoleta camino de la carretera. Todos los músicos, a los que se les ve el pelo blanco asomando por sus gorras de plato, van uniformados de negro con un fajín morado. ¡Es la banda de cornetas de Jesús que también ha vuelto a organizarse! Vienen delante Arias, Soto, Gutiérrez, Enrique, Jorge el maestro...

Nuevamente son cientos y cientos los penitentes morados que acompañan el tramo del palio. El gentío espera, paciente, a oscuras, solo alumbrados por el resplandor de los cirios. En uno de los tramos, representan orgullosos vara en mano, El *Chacho*, Isaías Marín, Agustín y Manuel Martínez, José Ortiz (el *Laterito*), José (*Pepetón*) y Leopoldo de los Santos. También aparece Ortega *el de la luz* que procesiona sin su vespino, con el que perseguir a los morosos que no terminan de pagar sus recibos anuales.

En cada capa morada a la altura del hombro izquierdo luce el escudo de la Hermandad, la emblemática Cruz de Jerusalén, sancta sanctorum de la cofradía, quintaesencia del hábito nazareno. La Cruz de Jerusalén es un emblema compuesto, a su vez, por 5 cruces. La central, la más grande, simboliza la Cruz que hoy lleva Jesús Nazareno. Las otras cuatro señalan que la cristiandad se extiende a los cuatro puntos cardinales. Así, en Mairena, la Cruz de Jerusalén lleva la fe nazarena en todas direcciones: al norte, hasta el Patriarca; al sur, hasta las Palmeritas; al Oeste, hasta el Campillo y el Torreón; y al este, hasta el Alconchel.

Intramuros un ejército de acólitos trabaja a destajo consiguiendo crear enormes nubes de incienso que, al salir a la calle, se abrazan a la niebla, cubriendo el aire de sombras blanquecinas, blancos sombreados.

Cuando ya empiezan a salir los últimos nazarenos se oye de nuevo de fondo la entradilla del órgano en Do menor para que el coro vuelva a usar la elegancia del latín para anunciar la salida del palio:

-*Stabat Mater Dolorosa et lacrimosa (...)*

-Estaba la Madre dolorosa y llorosa (...)

Los últimos acordes del órgano casi empalman con los sonidos de la banda municipal, que comienza a tocar con solemnidad la marcha *Amarguras*, en Fa Menor, al compás de cuatro por cuatro, llenando de simbología la salida de la Virgen acompañada por San Juan. Por la voz nadie parece reconocer al capataz, hasta que algunas personas mayores empiezan a cuchichear:

-¡Es Manuel de la Higuerita!

Guía a los costaleros, pidiendo templanza para que el paso encaje por la puerta de la Ermita. Dicen que bajo el paso, junto a los que dejaron el costal y hoy vuelven a las trabajaderas, han visto a Rafael El Meri al lado de sus hermanos y a Ciriaco, rodeados de los suyos, que contienen la emoción para no perder ni el paso ni la compostura.

Suenan los más de 7 minutos de *Amarguras*. No es una marcha fúnebre, no denota tristeza. No es marcha triunfante, no es pomposa. Es sencilla y a la vez, profunda. Al contrario que su nombre, más que amargor aporta dulzura... La marcha inunda de solemnidad y elegancia la Plazoleta y, arrastrada por el viento, también la calle Mesones y la calle del Aire. Simplemente es... *Amarguras*. Empiezan a sonar los tríos cuando el último varal ya se mece superado el dintel.

Los jóvenes silban la melodía, multiplicando por cien el número de músicos que interpretan *Amarguras*...y todas las marchas que están por venir. Música que envuelve y atrapa, sonos que acompañan los pensamientos pasado Pentecostés, en la languidez del verano, en el lúgubre otoño, se colarán entre los villancicos navideños y volverán con fuerza en la siguiente Cuaresma. En definitiva, todo el año. Qué digo un año... siempre. Las marchas de Semana Santa son una parte importante de la banda sonora de toda una vida.

Mientras suena la marcha real, muestra su esplendor el paso palio, relicario monumental, capilla del templo, trono mariano, altar desfilante. Detrás pueden verse decenas de mujeres, que se colocan detrás del manto de la Virgen. Muchas de ellas van de negro, de luto riguroso, como vistieron media vida. Algunas van cubiertas con toquillas negras y empiezan a rezar, hablando en silencio, ofreciendo como promesa la procesión. Han reconocido a Claudia, la madre de Julián de Galo, y a otras tantas que no hace

mucho estaban aquí, como Mari Carmen Crespo, Antoñita del Santo y un largo etcétera.



Ya en la calle de los Quinqueles el llamador del paso Cristo anuncia la subida al cielo y el arranque del redoble de los tambores roncós que marcan el paso, marcan el largo de la zancada de los costaleros, marcan el balanceo de la túnica del Señor, marcan el caminar de los nazarenos; también el público que presencia la procesión instintivamente repica con sus dedos siguiendo el ritmo; y hasta los corazones de todos, sin darse cuenta, laten acompasados a los tambores, ceremoniosos, que, como un diapasón, sincronizan todo el desfile.

Todas las casas tienen sus puertas y ventanas abiertas, como esperando que la bendición de Nuestro Padre Jesús y la piedad de su madre de la Amargura entren a granel desparramando salud y buenaventura a todos y cada uno de sus familiares. Como siempre, cada cinco o seis casas no falta un anciano, ya sea sentado en una silla de caoba o en una silla de ruedas. Sus rostros, al pasar Jesús Nazareno y, más tarde, su madre, son los más expresivos, desencajados, emocionados, llorosos. Sin duda, estos abuelitos son los protagonistas de las procesiones, convirtiéndose, casi, permítase la osadía, en la primera razón de procesionar: llevar los pasos a quienes casi no pueden ir a visitarlos.

Y es tan grande el cortejo que ya está en la Plaza la Cruz de Guía y desde la puerta de Braulio, la calle Arrabal, deja ver la alargada fila de nazarenos gracias a su empinada cuesta abajo, que carga las piernas de los costaleros. Ahora es el turno de una cuadrilla vieja, pero más reciente. Jose Antonio El Cano empuja más fuerte que nunca junto a sus hijos, y José Manuel Rojas ha vuelto a colocarse el costal. Luis de Liñán manda, sereno y serio, en el paso.

Cuando echan el paso abajo, los costaleros, sudorosos a pesar del frío, buscan refrescarse. No podía faltar el Pirri como aguador, apañado como el jarrillo de lata que ofrece, regalando agua fresca

cargada de vitaminas y entusiasmo para volver a cargar las trabajaderas. El agua es vida y da vida a los costaleros, criados en tierra de secano.

La cuesta abajo se torna en cuesta arriba en la calle Daoiz, de camino a la Iglesia y casi a la altura de la casa de Marcelino, hasta donde alcanza la vista las hileras armoniosas, armonías enhiladas, sincronizadas en color morado parecen uniformes e inabarcables. Sin embargo, de cerca, se ve que los nazarenos no son iguales entre sí. En contraste con el blanco immaculado de las túnicas, bien almidonadas, los antifaces y las capas, adoptan de manera escalonada un ramillete de colores que van desde las tonalidades más claras, lavanda, malva, pasando por el violeta, el lila, hasta los más oscuros, más cercanos al púrpura y al morado. Además, los antifaces llevan cosidas en letras doradas las iniciales “J.N.”, Jesús Nazareno con formas, tamaños y tonalidades bien distintos. Y los tejidos van desde el terciopelo, tan apropiado para esta gélida noche, hasta las sargas blancas de las túnicas.

Esos antifaces simbolizan el anonimato y humildad del nazareno, quien no hace penitencia para lucirse sino como un acto íntimo y sufrido. Sin embargo, son muchos los nazarenos que no consiguen pasar desapercibidos y son fácilmente reconocibles por amigos y familiares. A veces es el excesivo tamaño de los ojales, o las gafas que asoman por los mismos, otras veces la altura, las hechuras o simplemente los andares delatan al que pretende no ser conocido.

Mientras la cofradía avanza al ritmo cadencioso, cadencia rítmica, de los tambores, Isaías “el de los cristales” vuelve a portar una enorme trompeta, adornada con su paño aterciopelado y en este instante la sopla, emitiendo una disonante nota musical, entre graznido o mugido de algún animal exótico.



Camuflada por su color púrpura, casi indetectable para el público que acompaña la procesión, escoltada por cuatro varas plateadas, portada por un nazareno, asoma una insignia con una inscripción con las letras en plata dedicada a una virtud cristiana mencionada en latín: CHARITAS, CÁRITAS, CARIDAD. Muchas personas de

fuera de nuestra tierra, extranjeros o no, incluso mucha gente de Mairena cuando ve la cofradía solo ve los repujados dorados y plateados, los hilos de oro, la cera que se consume, el incienso quemado, manifestaciones barrocas que no atinan a comprender. Y en muchas ocasiones tacharán a los cofrades de arcaicos y malgastadores de dinero en lujos y caprichos innecesarios.

Desconocen que desde su fundación las hermandades han tenido en su ideario, en sus genes, el concepto de AYUDA. Y en las últimas décadas no para de crecer la caridad que muestra la hermandad de 50 maneras distintas, que llega a cientos de personas. Es para estar satisfechos de lucir esa insignia, CHARITAS, sin olvidar el mensaje de la parábola de los talentos: las hermandades, la Hermandad de Jesús, mueve mucho dinero y muchos brazos dispuestos a colaborar y es obligación AYUDAR, no de puntillas, sino con letras mayúsculas.

Siempre se ha dicho que, a cierta distancia, cuando el paso de Nuestro Padre Jesús avanza en una chicotá, parece que el Señor realmente va andando hacia el Gólgota, gracias a la cadencia del movimiento que los costaleros transmiten al paso y al vaivén de la túnica que realza el efecto.

Jesús Nazareno, al andar, muestra la importancia del camino. El camino del día a día. Vivir es caminar, a su lado, guiado por Él, encomendando el destino de cada cual por la senda que muestra. Los nazarenos son como peregrinos que, más que procesionar, peregrinan, van andando de romería, a una romería que abarca toda una vida. Es el camino de la vida, camino desafiante, desafío caminante, desde los recién nacidos, que acompañan la cofradía en un carrito; los niños monaguillos, de la mano de niños mayores; desde los más jóvenes, que sienten como un desafío aguantar todo el recorrido, mientras desfilan con capas que esconden enormes dobladillos que en varios años se desdoblarán; los más maduros, que lloran los Viernes Santo recordando los que ya se fueron; hasta los ancianos, apoyados en un bastón, que piden salud para seguir el camino...

Tras pasar el paso Cristo frente a Santa María de la Asunción en un balcón puede observarse la presencia de una familia de buenos y reconocidos cristianos que colaboran activamente en la Parroquia.

Miran al Nazareno con respeto, pero sin devoción. Ellos no se involucran en el mundo de las hermandades.

No llegan a comprender que los misterios de nuestra fe obligan a intentar entender la existencia de un dios abstracto, incorpóreo, trino, eterno, omnipotente que se escapa a nuestra lógica material. Sin embargo, el Hijo del Padre, se hizo hombre y, al representarlo, es más fácil de alcanzar a entenderlo y quererlo. Además, dentro de su omnipotencia realizó la mayor expresión de su amor: sufrir y dar su vida por los demás, morir por amor; y al representarlo como figura principal de la Pasión, se hace más entendible.

El cofrade no es sádico, no disfruta con el sufrimiento y la sangre de la imagería barroca, pero es verdad que se sufre en este valle de lágrimas. Y un dios que sufrió por los hombres se hace más cercano, se humaniza. Jesús Nazareno hace sentir que, presente en la cofradía, escucha, entiende como hombre y sufre por los demás, con los demás, día a día, portando, ensangrentado, esa pesada cruz.

Por ello, cerca de las humaredas que rodean a los incensarios, dentro del cortejo, se crean otras nubes transparentes, sin forma; nubes sin sabor y que no se pueden palpar. Nubes que se desplazan caprichosamente, que algunos consiguen sentir y retener, y que pasa por delante de otros. Nubes inoloras, pero bendecidas. Nubes cargadas de... de fe.



Tras la estrechez de la calle Real, la cofradía llega a Alconchel, que ofrece amplitud y agua fresca en sus caños. Y la casa de los Mellado vuelve a abrirse a la cofradía. Se asoma al balcón un nazareno, que se quita el capirote para poder dirigirse a los presentes: es don Luis Miguel, don Luis, el cura, quien comienza unas oraciones. A su lado aparece revestido un sacerdote, es don Manuel Vázquez, quien comienza a revivir el instante en que Jesús llega a la calle de la Amargura. En otro de los balcones se intuyen a varios frailes con sus hábitos y esclavinas. Deben ser los antiguos predicadores que venían los Viernes Santos.

Cuando don Manuel Vázquez se dirige a la Verónica, llamándola a enjugar el sudor y a aliviar el sufrimiento de Jesús Nazareno, una por una, todas las mujeres hebreas que acompañan esta noche suben la empinada escalera, de manera solemne, alargando ese precioso momento que hace única esta cofradía.

Al terminar esta liturgia el público observa, maravillado, el milagro de la tradición cristiana: cada una de las cien mujeres verónicas, lleva en su lienzo, inmortalizada, la Santa Faz de Nuestro Padre, no una sino tres veces.

Que no se apaguen los cirios,
Que no se apaguen las candelarias,
Que siga la salida extraordinaria.

Sigue aconteciendo todo lo previsto para esta noche tan especial. Todo el caos y desorden que se perciben en Alconchel, por arte de magia se transforman en armonía, orden y concierto con una sincronía más que perfecta, pluscuamperfecta. Bastan los primeros repiques de los tambores de la cruz de guía para que todos vuelvan al cortejo en menos de un minuto, para encarar la elegante amplitud de la calle Ancha en la que siempre se estira y luce, más si cabe, la cofradía.

Cuando llegan los pasos al Arco los costaleros, los músicos, las verónicas, las autoridades vuelven a revivir una antigua tradición: entrar en la que fue durante décadas la Casa Hermandad. Sí, la casa de Julián y Dolores era la Casa Hermandad: almacén de los enseres, del ajuar de la Virgen, sede las reuniones y cabildos en el hato de camilla del salón, al calor del cisco y con el aroma a alhucema, lugar donde se custodiaban los libros que atesoran la historia de la Hermandad. Y allí, Dolores, Rosario Viruta y otras mujeres, que han estado horneando bizcochos, preparando torrijas y otros aperitivos, atenderán a todos los que entren a tomar un tentempié, para volver en un santiamén a la cofradía.

Para el público que presencia la procesión todo es un alboroto para los sentidos: los cirios alumbran un decorado en el que predomina el color morado; las nubes de incienso llenan con su aroma el ambiente; los tambores y las cornetas invaden de manera armónica los tímpanos...

Y mientras todo esto sucede, distrayendo los sentidos y haciendo partícipes a los presentes, pasan muchas cosas, cientos, sutiles, imperceptibles. Así, debajo de cada antifaz se está produciendo un diálogo invisible entre el penitente y, a veces, Dios Padre, a veces con su Hijo (hoy Jesús Nazareno) y otras veces con su Madre, en la advocación dolorosa de la Amargura. Incluso algunos, jóvenes, abrazan su devoción al apóstol amado, a San Juan Evangelista, como su patrón. Donde muchos solo ven un espectáculo, cientos de oraciones, súplicas, acciones de gracia suben al cielo. Donde muchos solo ven tradición y folclore, cientos de promesas cumplidas, peticiones de salud, trabajo, fortuna en los estudios viajan desde los corazones de los nazarenos al mundo trascendente de lo divino.

Y todo esto ocurre... en la soledad del nazareno. Aunque rodeado de cientos de personas, sintiéndose arropado, acompañado por decenas igual que él, alineados, que andan sus mismos pasos, alumbrado por la misma luz de los cirios... pero es inevitable: en la soledad del nazareno, desde el antifaz hacia dentro se crea un espacio de intimidad, en el que, alejado de todos los sonidos de la procesión, se llora, se reza y se suspira. Con el cansancio y la garganta seca, los dolores son ofrecidos y hacen sentirles más cerca de las alturas, como si el capirote se convirtiera en una antena parabólica. En esa atmósfera, en esa soledad se producen unas conversaciones privilegiadas, privilegios conversados, unas oraciones especiales e irrepetibles.

¿Cómo son esos diálogos con Jesús Nazareno y su Madre? Mucho y bien se ha pregonado desde esta tribuna de cómo hablar con Dios. Así que este humilde cronista no va a entrar en eso, sino que seguirá narrando lo que está aconteciendo esta noche.

La procesión sigue plenteramente discurriendo en esta hermosa madrugada. Todo está saliendo según lo imaginado...o mejor, si cabe. Y gracias a la buena mano, al buen gobierno de su Junta,

directores de orquesta de esta ópera trágica, cofrade y penitente. Es de justicia reconocer el buen hacer y la doctrina con las que se manejan ésta y las últimas juntas de gobierno de la Hermandad. Lejos de la megalomanía, de los proyectos faraónicos, de la contratación del acompañamiento musical más caro y ostentoso, los resultados de una hermandad ya no se miden en euros, sino en horas. Horas de trabajo. Horas de priestía, de caridad, de caseta de feria, de costura, de ensayos, de cultos... horas, en definitiva, de convivencia. No es más rica la hermandad que más gasta, sino la que más gente convoca y arrastra.



En la alargada fila de nazarenos puede distinguirse el banderín de la Junta Joven. Orgullosos representan a esa juventud comprometida, compromiso juvenil, con la Hermandad. Hoy en día en su ámbito estudiantil, en los institutos y en las universidades, decir que eres un cofrade arrimado a una hermandad empieza a suponer el riesgo de que te vean como un bicho raro, un “antiguo”, un desfasado. Además, han crecido en un mundo global, electrónico, viendo cientos de horas de películas y series de televisión americanas, en los que por sistema se mofan del cristianismo, en general, y del catolicismo, en particular, ensalzando las bondades del budismo y otras filosofías orientales o defendiendo el ateísmo como la opción más cómoda y racional. Así, los niños crecen creyendo más en la omnipotencia de Superman y el dios Thor que en la del Dios de los cristianos. Conocen mejor las batallas del Capitán América que a los mártires españoles que fueron a evangelizar a las Américas. Por ello, se debe, más que nunca, alabar la valentía de aquellos jóvenes que han decidido seguir la fe y costumbres de sus mayores.

Y así, al volver la esquina que hace la calle Ancha, la cofradía comienza a cruzar la Plaza, hoy rotulada para la ocasión como Plaza de las Flores, donde la gente se agolpa. Ahora toma el relevo en el llamador del paso palio el mítico Manolo Paso, quien gesticula con vehemencia con los brazos, mandando a sus costaleros, a los

que arenga gritándoles cuando hacen esas “cositas buenas”. Los más observadores podrán comprobar que son pocos los que miran directamente a los pasos, pues con sus brazos alzados graban con sus teléfonos las mecidas armoniosas al son de la música.

Ay, las pantallas. Las pantallas han venido para interponerse entre los ojos y la realidad. Entretienen constantemente y desacostumbran de lo natural: ver y comprender directamente lo que ocurre. Además, esas pantallas grabarán esos instantes, serán subidos a las redes y llegarán a gente que ni entiende ni lo pretende, ni respetan estas manifestaciones de cristianismo. Detrás de esas pantallas, aunque no siempre, muchas personas condenan, critican o se mofan del mundo de las cofradías sin conocimiento de causa, por el simple placer de desahogarse.

Hay miles, miles de personas, muchas no tan lejos de aquí, que piensan que ser cofrades o hermanos de una hermandad consiste en pagar para procesionar unas imágenes, “un trozo de madera”, como dicen despectivamente muchos de ellos. Ilusos, simplistas, sobrados... no atinan a entender que solo es una parte más de lo que supone ser hermano de una hermandad, una culminación de toda una labor, de un sentimiento de pertenencia a un grupo humano, religioso, que se cultiva durante todo el año, no solo en Semana Santa.

Por eso, en esta sociedad de las pantallas donde triunfa la realidad virtual, falsa y edulcorada, donde la inteligencia artificial nos invita a no pensar, donde pronto se venderán velas artificiales para iluminar imágenes en internet, la visión barroca y realista de la pasión, los sacrificios y penitencias serán la última barrera defensiva ante una peligrosa modernidad.



Tras cruzar la Plaza y presentar sus respetos al Cristo de la Cárcel y a los hermanos y amigos del Santo Entierro el paso del Nazareno se detiene a descansar a la altura del Casino. Está siendo una noche memorable en el Casino. Una corte de saeteros ha bajado del cielo para reencontrarse y cantar en esta ocasión antológica. Como antaño los cantaores son agasajados con manjares y buen

vino mientras se asoman a los balcones para ver cuánto falta para que llegue el paso. Debajo, la calle está abarrotada de público, pues se ha corrido la voz que hoy habrá cante del bueno.

Desde abajo algunos son más reconocibles y los señalan emocionados: Antonio y Manuel Mairena, el Cascabel, los Piitos, Fernando Porrito, Antonio Trozo... A otros son pocos los que les ponen cara y nombre: el Hornerito, el Currero, los Coquilla, el Pancilla, José Cruz (el niño del Titi)... En ese momento se detiene el tiempo.

Toma la iniciativa por seguirillas el Hornerito, de quien cuentan que era legendario su pique con Antonio Mairena, cada uno con sus bandos de admiradores. Algunos se atreven con las saetas antiguas maireneras (al estilo de Marín el Viejo), la saeta revoleá y la marcelinesa de Zamarra. Y se escucha cantar:

Cuando la turba romana
a voz en grito pedía
que a Cristo crucificar
Pilatos, con sangre fría,
a muerte lo sentenciaba.

Ya van más de diez saetas, se ha perdido la cuenta. Pero siguen turnándose en el balcón nuevos cantaores para seguir entonando:

Corre al sepulcro ansiosa,
contemplando su pesar
y con manos temblorosas
pugna por despedazar
aquesta fúnebre losa.

Si los Viernes Santo las fuerzas de los costaleros flaquean al final, por el cansancio y porque la calle Mesones se empina hacia arriba, los continuos relevos de costaleros jóvenes, de costaleros viejos ya retirados y de los espíritus presentes para rememorar sus mejores

años del costal hacen que no dé tiempo a fatigarse, como si hubieran allanado la calle.

Para este último tramo vuelven a dar un relevo las cuadrillas de costaleros de Carmona, *abajaores* que venían a sueldo, pero esta vez no guiados por su manijero, sino por Julián de Galo y el Cano Gordo, experimentados en bregar con ellos y dirigirlos, mostrándoles el respeto y cariño que sienten por sus titulares.

Julián y el Cano, junto a otros 8-10 hermanos dieron una lección que nunca, nunca, se debe olvidar:

En el año 36, cuando quemaron la queridísima imagen de Jesús Nazareno, en una Hermandad pobre, con apenas medio centenar de hermanos, con una guerra civil en sus vidas, lejos de plantearse abandonar y disolverla, o esperar a tiempos mejores empezaron a buscar una nueva talla del Señor con la cruz a cuestas. Y cuando la consiguieron reflataron la cofradía con más entusiasmo, si cabía. Con eso demostraron que lo importante no es la devoción a una imagen concreta, la Hermandad es sentimiento común, una asociación, un conjunto de hermanos, un colectivo que va de la mano.

Por eso, no es lo mismo decir “nuestra Hermandad” (que está bien dicho) que decir la “Hermandad es nuestra”. No, no hay propiedad. Si acaso son inquilinos, porque se disfruta de las bendiciones como hermanos, pero a cambio se tiene que pagar una renta: el esfuerzo, la responsabilidad de cuidar de algo que no les pertenece; de algo, material e inmaterial, que estaba antes de que llegaran y que perdurará por generaciones.

Otras figuras de la pasión aparecen entre el público. Éstos no se encuentran revestidos, pero sí pueden reconocerse. Entre el gentío hay cientos de cirineos y más que las tres marías, pueden contarse tres mil. Dispuestos a echar una mano, a dar agua a los penitentes, los que rezan, los que invocan salud para los suyos... Y no faltan decenas de sanjuanés que consuelan el dolor ajeno.

Del otro lado de la escena, tampoco faltan los de la turbamulta de Jerusalén, los fariseos y soldados romanos entre el gentío. Aunque procesionan muchos romanos “armaos” hay otros muchos de paisano entre la muchedumbre. A Jesús lo apresaron por orden del poder judío y fue condenado por Pilatos por alborotador... pero los

soldados romanos, sin entender qué es lo que sucedía, se ensañaron con él, encajándole en sus sienes una corona de espinas y burlándose de él. Y entre el público no faltan los que, sin estar informados de algo, sin comprender lo que ocurre, sin valorar las circunstancias que hay detrás, visten de limpio, insultan, malmeten contra todo hijo de vecino e incitan a la violencia.

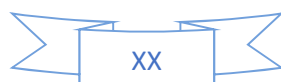
También pueden reconocerse entre los asistentes a los miembros del sanedrín, doctores, con grandes conocimientos. Más bien parecen todos licenciados en bellas artes. Expertos en imaginiería, maestros en el arte de saber llevar un paso. En sus tertulias clandestinas cainitas criticarán con acidez desde el nombramiento de un nuevo capataz hasta la manera de mecer un paso, realizando rankings de la calidad de las canastillas, de sus cuadrillas de costaleros y hasta, válgame Dios, la belleza de las imágenes de la Virgen que procesionan.

Mezclados con los miembros del sanedrín podremos encontrar los ayatolás de sus cristos y sus vírgenes. Rimaba Bécquer que:

“¡Lástima que el Amor un diccionario
no tenga dónde hallar
cuándo el orgullo es simplemente orgullo
y cuándo es dignidad!”

Pues rememorando ese certero poema podría decirse:

Lástima no poder medir el amor y la pasión
que se siente a la cofradía.
¿Cuándo termina la devoción
y empieza la idolatría?



Entre los miembros del sanedrín no faltan estos idólatras exacerbados, que de una manera exagerada ponen por encima de todo el amor a las imágenes, sin valorar en su justa medida lo que representan los titulares de una hermandad.



Por el tamaño del nazareno y la contundencia de sus andares se reconoce su posición en el ciclo de la vida: los niños más pequeños, de acólito, sueñan con llevar capirote. Otros niños suspiran por completar el recorrido, señal de fortaleza y madurez. Los adolescentes anhelan ser costaleros, o llevar una insignia, o ser diputado de tramo. Para todos ellos el Viernes Santo es el momento de sentirse importantes, de crecer, de ser partícipes de lo que está sucediendo. Para ellos, más que una estación de penitencia es una “estación de pertenencia” a la Hermandad.

Otros tantos ya están en plenitud, formaron familia y están rezando por sus hijos. Pero al mismo tiempo ya no pueden parar de recordar, de añorar a los seres queridos que disfrutaban el Viernes Santo en su compañía y ya no están. Para ellos más que una estación de penitencia es una “estación de las ausencias”.

Por último, quedan penitentes veteranos, que se quejan de sus achaques todo el año, menos el día de la procesión, día en el que parecen rejuvenecer. Viven con más intensidad que nadie la soledad del nazareno, pensando, sin querer, cuántos viernes santos aguantarán más las fuerzas. Para ellos más que una estación de penitencia es una “estación de la paciencia”.

La Vía Dolorosa abarca unos 600 metros hasta el Monte Gólgota. El camino hoy recorrido, mucho más amplio, termina en cuesta, como ese Monte Calvario, partiendo desde la Plaza de las Flores, que arranca en una hondonada. Al llegar a la Plazoleta, a pesar de estar bien abrigada por sus calles, el relente propio del final de la madrugada no para de congelar las manos. Los mirlos se

arremolinan y cantan aprovechando el silencio de los tambores al terminar la chicotá, adelantándose a los gallos, que pronto harán lo propio.

De repente, del último tramo de nazarenos, uno de ellos, espigado, se sale de la fila, se acerca al paso y mirando a los ojos a Jesús Nazareno, comienza a recitar:

¿Por qué siento que mi ánima
necesita tu abrigo?

¿Por qué me salen lágrimas,
desasosiego y suspiros?

¿Por qué me das tanta paz
cuando no la merecía?

¿Por qué lloro bajo el antifaz
si lo que siento es alegría?

¿Por qué se ha de acabar
este momento sublime?

¿Por qué, si no puedo más,
no quiero que termine?

¿Por qué has de sufrir
esta dolorosa pasión?

¿Por qué has de morir
para darnos la salvación?

¿Por qué estas preguntas esbozo
entre lo ilógico y la esencia?

¿Por qué siento gozo
si es una estación de penitencia?

Tras escuchar estos versos verdaderos, verdad versada, de este misterioso y desconocido nazareno comienza la recogida del paso Cristo. El recorrido ha costado mucha sangre, sudor y lágrimas. Sí, sudor, lágrimas... y sangre, mucha sangre. De la cera de las abejas y la parafina se crea la cera, se moldean los cirios. Y esa cera es la sangre de la cofradía. La de Jesús Nazareno es una cofradía de día y sol, por lo que no se valora en su justa medida la importancia de la cera. Pero en esta noche esplendorosa, más que nunca, se entiende que la cera es la sangre que circula en la cofradía, desde los faroles que acompañan la cruz de guía, hasta la última vela de la candelería del paso virgen, pasando por las arterias y venas, los cientos de cirios y velas que riegan el cortejo de punta a punta. La cera acoge la llama que ilumina, alumbra, señala la presencia y guía el camino. La cera, encendida, se consume con la lenta cadencia, cadenciosa lentitud, con la que avanza el cortejo, desangrándose en gotas hirvientes que riegan el suelo que pisan los pasos, y con ellos, la Madre y su Hijo, Jesús y la Madre de la Amargura.

Con sobriedad elegante, elegancia sobria, con la sublime manera de andar de siempre, el paso de Cristo, tras bajar los costeros para salvar la altura de la cruz, empieza a perderse entre las sombras de dentro de la Ermita. Comienza una extraña sensación para los nazarenos de los tramos que acompañan a Jesús Nazareno. Sienten que han llegado a su fin, se enorgullecen de haber aguantado estoicamente las quejas de la espalda, de las piernas, de los pies... pero falta esperar la recogida de la Virgen. Y empiezan unos minutos que se hacen horas, una espera, sobre el terreno, que lima las fuerzas de manera inesperada y acelerada.

Y mientras, se intuye que llega la Madre al son de Virgen del Valle en Do menor. El acompañamiento musical invita a llevarlo con suavidad y medida. Esta marcha anticipa lo que pasará en las escenas finales de la pasión: la música, lúgubre, fúnebre prepara

para la muerte de Cristo la tarde del Viernes Santo y el funeral del Santo Entierro del sábado.

Pero ahora el palio, hablando en plata, luce, pletórico, mientras suenan Pasan los Campanilleros en Sol Menor, trampantojo perfecto de la música penitente, también anticipando que el Domingo la misma Madre de la Amargura participará en la Resurrección, triunfante sobre la muerte. Los costaleros, sintiendo cercano el final se esmeran en mecer el palio, en aguantar las *chicotás* largas, en vivir eso que llaman “cuando los pasos se recrean al llegar a su barrio”.

Casualmente, justo donde aquel nazareno poeta se arrancó a recitar, casi en la puerta de Pepa la de la fruta, se produce el último relevo en los costaleros y en el martillo. Como hace casi medio siglo Manolo Paso cede el testigo a Manolo Gandul, quien rememora aquel año recitando en verso:

Día 4 de noviembre,
cabildo de costaleros,
para tratar de recordar
a aquel capataz tan bueno.

De allí salió un espontáneo
al que pocas fuerzas le quedan,
pero él las buscará
para que este Viernes Santo
suplir a ese capataz.

Ese vacío que deja
es difícil de reponer,
pero hay que trabajar
para parecerse a él.

Y qué trabajo él nos daba
para aliviarte a ti, Amargura,
y todo el pueblo gritaba
“esto es una locura”.

Y acababa Manolo Gandul sentenciando:

Y para ya terminar,
un abrazo mando al cielo,
para ti, costalero,
y para ti, capataz.

El nuevo capataz no está por la labor de acortar la recogida. Así que, lentamente, al cobijo de las últimas bocanadas de la noche, el palio sube el último tramo que pica hacia arriba frente a la Ermita a la vez que la trasera empieza a encararse con la puerta, abierta de par en par, custodiada por los nazarenos del último tramo. La Virgen y el Evangelista, de frente al público, empiezan a despedirse, repartiendo las penúltimas bendiciones, recibiendo las penúltimas peticiones, los penúltimos aplausos, los penúltimos que se santiguan... mientras comienzan a sonar las notas musicales, respetuosas, de la marcha real.

Pero no todo está consumado. Cobijado por los muros, se crea una paradójica intimidad, pues casi alcanza el millar las personas del cortejo que se agolpan dentro de la Ermita, en la que, ahora sí, se producirán las últimas oraciones, se sentirán los últimos suspiros, se oirán los últimos aplausos, esta vez de los nazarenos, penitentes, verónicas, armaos...

Y los acontecimientos siguen precipitándose: las llamas de las velas de la candelería empiezan a languidecer hasta volverse tenues, anunciando su pequeñez frente a la luz del día, dispuesta a aparecer triunfante en el cielo de la Plazoleta.

Los vivos, conscientes de que la procesión culmina y las ánimas volverán al cielo, intentan acercarse a, al menos, saludar antes de despedirse de sus muertos. La gente se arremolina, abriéndose paso y buscándolos... pero el sol, victorioso, vence por fin a las tinieblas, y viene amaneciendo por la calle Mesones, a la vez que empieza a colarse por las cristaleras de los ventanales de la Ermita.

Con la cera consumida, pues no hay más cera que la que arde, sin música, sin tambores... los espíritus volverán a la Gloria.

El brillo de las almas empieza a difuminarse, pero en ellas se vislumbra una sonrisa de satisfacción por haber vuelto a disfrutar de esta procesión tan especial. Y se marchan, subiendo y evaporándose... como diría el maestro Bécquer, como si fueran "rayos de luna".

Ha faltado la guinda del pastel. A los hermanos se les ha escapado la bendita posibilidad de abrazar a los suyos que volvieron esta noche y, acaso, hablar con ellos. Se les han escurrido entre las manos. La miel rozó los labios y se perdió...

Pero valió la pena. Si a una salida se le debería llamar extraordinaria es a esta. Antepasados, abuelos, padres, amigos... hermanos jesuitas han estado presentes, y casi se pudieron rozarlos. Y encima en procesión.



Y aquí termina esta triunfante alegoría,
esta ilusión, este empeño,
a medias entre recuerdo y sueño,
a medias entre verdad y fantasía.

Termina esta añoranza a la memoria,
a la Semana Santa que se nos fue,
al deseo de hacerla volver,
al mito, al legado, a la historia.

Acaba y llega a buen puerto,
esta alabanza, este encaje,
este sentido homenaje
a nuestros mayores, a nuestros muertos.

Y declaro, ya recogida la procesión,
que en este relato, con mucho afán,
son todos los que están,
mas no están todos los que son.

Y...apaguen los cirios,
apaguen las candelarias,
termina esta procesión extraordinaria.

He dicho.